

LAZARILLO DE TORMES EN LAS PÁGINAS DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rosa Navarro Durán
Universidad de Barcelona

There are literary wink to *La vida de Lazarillo de Tormes* in *Don Quijote de la Mancha*, besides the citation of the work in two places of the Cervantes' masterpiece. The object of this essay is to present the passages with prints of the Lazarillo's narration and to analyse them, as well some common expressions in the two works. *Lazarillo de Tormes* was not in don Quijote's library, but his author, Cervantes, had read carefully this work. The readers can enjoy much better these fragments of the text if they can see their relation with the novel.

En la biblioteca de don Quijote no había ningún ejemplar de *La vida de Lazarillo de Tormes*, como es lógico¹, ni del *Guzmán de Alfarache*. Si el hidalgo manchego hubiera leído el relato de Guzmán, a lo mejor hubiera identificado mejor a los galeotes y hubiera sabido de sus artes y marañas.

En cambio, uno de ellos, nada menos que el famoso Ginés de Pasamonte, “que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla” –como dice uno de los guardas a don Quijote–, sí conocía las dos obras. Al modo de Guzmán, él es un condenado a galeras y dice que tiene escrita su historia. El comisario certifica la verdad de su afirmación: “Dice verdad, [...], que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro² en la cárcel en docientos reales”. Confía en rescatarlo y está tan convencido de su valía que le dice a don Quijote: “Es tan bueno [...] que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren”. Luego encarece lo “lindas” y “donosas” que son las verdades que contiene, de tal forma que “no pueden haber mentiras que se le iguallen”. Cuando le pregunta el caballero por el título, le dirá que *La vida de Ginés de Pasamonte*; y satisfará su curiosidad por saber si está acabado replicándole: “¿Cómo puede estar acabado [...] si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras”, porque, como aclarará, estuvo ya una vez en ellas cuatro años. Precisamente espera la tranquilidad de las galeras, que tan bien conoce, para acabarlo, “que me quedan muchas cosas que decir”³. El modelo de Ginés de Pasamonte no es Lázaro de Tormes, sino Guzmán de Alfarache, que escribe su vida desde las galeras. Lázaro no sabe escribir y no lo hace,

¹ La biblioteca del hidalgo está para dar luz o justificar su actuación.

² Curiosamente es lo que tuvo que hacer Joanot Martorell con su *Tirant lo Blanch* a Joan Martí de Galba –por cien reales–, y este unió para siempre su nombre al genial libro de caballerías. Cervantes no sabía nada de eso porque el ejemplar que leyó fue uno, muy raro ya, de la traducción de la obra, editada por Gumiel en Valladolid en 1511. Se imprimió como libro anónimo y sin indicación alguna de que era una traducción del catalán. Véase Martín de Riquer, “*Tirant lo Blanch*”, *novela de historia y de ficción*, Barcelona, Sirmio, 1992, pp. 23-24.

³ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por F. Rico, Barcelona, Instituto Cervantes y ed. Crítica, 1998, primera parte, cap. XXII, p. 243. A partir de ahora, indico la parte, capítulo, y página de la obra en esta edición, al final de cada cita.

declara, habla; y el objetivo de su declaración no es contar su vida, sino el caso. Cuando llega a él, no relata nada más ni promete hacerlo porque si narra su vida es por no tomar el caso por el medio, sino desde el principio, como dice a la destinataria de su declaración. Lázaro no es tampoco un pícaro, sino un mozo de muchos amos, que acaba siendo pregonero en Toledo y está casado con la manceba de un arcipreste, cuyos vinos pregonan. Pero Ginés menciona con razón al *Lazarillo* como modelo del género en el que se incluye la narración de su vida, porque Mateo Alemán crea su *pícaro* a la luz del relato de Lázaro. Cuando Quevedo escriba el *Buscón* –ha leído ya la primera parte del *Quijote*⁴–, escogerá la forma de relato de Lázaro y no la de la confesión de Guzmán; incluso le dará también un interlocutor femenino en la versión definitiva, que recoge el manuscrito B (“Yo, señora, soy de Segovia”).

Son “verdades” lo que cuentan tanto Lázaro como Guzmán; y también lo será la historia de la vida itinerante de don Quijote y Sancho. Unos y otros andan por una geografía real y en un tiempo histórico. Claro está que ni el hidalgo ni el labrador son pícaros, aunque algunas acciones de este apuntan a ello. Dominan las artes de la picardía tanto Carriazo, el caballero que tiene vocación de pícaro, de *La ilustre fregona*, como Rinconete y Cortadillo; y algo de ello sabe el perro Berganza, como se ve en lo que narra a su compañero Cipión. El falso Guzmán de Alfarache –el de Martí– les pide a dos pícaros con que se encuentra, uno de Ciudad Rodrigo y otro de Badajoz, que le cuenten su vida: “les pregunté que me contasen su vida más por extenso, con presupuesto que al otro día yo les contaría la mía, cosa común entre vagabundos”⁵. Y así también lo prometerá Cipión, aunque lo que supuestamente oyó el alférez Campuzano en esa segunda noche quedó en blanco.

Pero dejemos a los perros y volvamos al *Quijote*, a sus preliminares. Allí encontramos la segunda mención del *Lazarillo*, en los versos de cabo roto que “el Donoso, poeta entreverado” pone en boca de Rocinante:

Soy Rocinante, el famo-,
bisnieto del gran Babie-:
por pecados de flaque-,
fui a poder de un don Quijo-;
parejas corrí a lo flo-,
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba- ;
que esto saqué a Lazari-,
cuando, para hurtar el vi-
al ciego, le di la pa-
(pp. 29-30)

⁴ Así lo indica su mención al rucio de la Mancha, sobre el que cabalga Pablos cuando ve venir a un hidalgo de buen portante: será el pobre don Toribio, que, por no tener, no tiene ni una agujeta con que atacar sus calzas. Y Cervantes ya ha leído a su vez *El Buscón* cuando escribe la segunda parte del *Quijote*, porque la escena donde el maestro de esgrima vence a Corchuelo (cap. XIX) es un mentís literario a la ridiculización del arte de esgrima, expuesto en el libro de *Grandezas de la espada* de Luis Pacheco de Narváez, que hizo Quevedo en la figura del diestro que encuentra Pablos entre Torrejón y Rejas. Las dos partes del *Quijote* limitan, por tanto, la época en que Quevedo escribió *El Buscón*.

⁵ M. Luján de Sayavedra, *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, ed. de R. Navarro Durán, en *Novela picaresca*, II, Madrid, Biblioteca Castro, e. p.

Un “noble” Rocinante, bisnieto del caballo del Cid, acaba venciendo en la carrera a... Lazarillo, por anticiparse a él dándole la paja que usa para beberse el vino del ciego. En la estrofa anterior del poemita, Sancho había citado precisamente a *La Celestina*. Escudero cobarde y pobre caballo –a pesar de su “noble” origen– se vinculan así a la tradición realista, al relato que es espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, como decía Cicerón aplicándolo a la comedia; lo citará el cura al hablar con el canónigo de Toledo (1ª, XLVIII, p. 553).

No hay, pues, ninguna duda de que Cervantes leyó muy bien el *Lazarillo de Tormes* porque lo manifiesta. Eisenberg ya puso en la biblioteca imaginaria del escritor esa espléndida obra, pero él supuso que había leído un *Lazarillo castigado* o expurgado⁶, el que en 1573 editó, junto a la *Propalladia* de Torres Naharro, el censor Juan López de Velasco, secretario del Consejo de Indias. Pero no fue así, porque López de Velasco suprimió enteros los tratados IV y V, y Cervantes leyó el tratado V, el del buldero. Hay dos testimonios literarios de ello. El primero lo encontramos en *Rinconete y Cortadillo*: Rincón es hijo de un buldero. Así lo dice cuando cuenta su vida a Cortado: “Mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir que es bulero o buldero, como los llama el vulgo”⁷. Acompañaba a su padre y aprende el oficio, pero un día se escapa con el talego del dinero. Lo dejará “con más dobleces que pañizuelo de desposado”, que recuerda como encuentra Lázaro la “bolsilla de terciopelo raso” de su amo el escudero, “hecho cien dobleces y sin maldita la blanca ni señal que la hobiese tenido mucho tiempo”⁸. Leyendo el tratado quinto del *Lazarillo* y viendo los embustes del buldero, nos parece que podría haber sido perfectamente el padre de un Rincón cualquiera, porque le hijo habría aprendido en el oficio las artes de hurtar.

El segundo testimonio nos lo da un lanzón. Lo encuentra don Quijote en la venta de Juan Palomeque el Zurdo. Ensilla a Rocinante, enalbarda el rucio de un quebrantado Sancho, al que ayuda a subir en él. Y dice el narrador: “Púsose luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza”, 1ª, XVII, p. 182. La suya –la segunda ya– se la había partido el aspa de un molino en su feroz batalla contra ellos; y había hecho un apaño con un ramo seco, al que le puso el hierro de la lanza rota. Luego la arrojará al suelo para sacar la espada y enfrentarse con el vizcaíno, y tal vez allá la dejó.

No hay más que ir al tratado del buldero y ver cómo, en la posada en la que se alojan el buldero y el alguacil, encuentran el arma para dar comienzo a su farsa: “Sobre esto, el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón que en el portal do jugaban estaba; el alguacil puso mano a su espada, que en la cinta tenía”, p. 44. Cervantes hace un guiño literario a ese lanzón y deja que su don Quijote encuentre otro en otra posada. Pero hay más guiños

⁶ D. Eisenberg, “La biblioteca de Cervantes”, *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, II, Barcelona, Quaderns Crema, 1987, p. 291.

⁷ M. de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. de R. Navarro Durán, Madrid, Alianza Editorial, 1995, I, p. 220. En la primera versión, la que recoge el manuscrito Porras, añadía: “aunque otros los llaman echacuervos”, con término del *Lazarillo*: “Yo vine aquí con este echacuervo”, dice el alguacil, p. 45.

⁸ A. de Valdés, *La vida de Lazarillo de Tormes*, en *Novela picaresca*, I, ed. de R. Navarro Durán, Madrid, Biblioteca Castro, 2004, p. 35. A partir de ahora, indico, después de la cita, la página de esta edición.

literarios al *Lazarillo* en el *Quijote*, y muestran la admiración de Cervantes por esa obra que tan bien había leído. Nadie le puede negar el fino paladar literario al escritor.

1. BEBIENDO CON PAJA, Y COMIENDO UÑA DE VACA

Sabemos muy bien las dificultades que tuvo el hidalgo manchego para encontrar celada de encaje y el apaño que hizo con unos cartones y unas barras de hierro para hacer del morrión de sus bisabuelos celada entera. Tal arreglo le iba a causar problemas reales para comer cuando, ya en la venta, al sostener con las manos la visera, no las tenía libres para poderse poner en la boca los trozos del mal remojado y peor cocido bacalao o del pan negro y mugriento; tuvo que ayudarle una de las mozas. El beber fue aún más dificultoso y necesitó del ingenio del ventero para que pudiera hacerlo y no se rompieran las cintas de la celada: “Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino”, 1ª, II, p. 54.

Esa caña horadada nos lleva a la paja de la que hablaba Rocinante en los versos citados, es decir, la que Lázaro utilizó para beber el vino del jarro del ciego. Así lo cuenta el pregonero: “...por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches”. Y Alfonso de Valdés leyó el procedimiento en la *Obra de agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera, en donde se describe como medio para saber qué tal es el asiento del vino: “Hagan en la cobertura un pequeño agujero y tomen una caña delgada tan larga que llegue al suelo de la vasija y vaya hueca y métanla hasta el hondo, teniendo tapado el agujero de arriba con el pulgar, y dende a poco quite el dedo y chupe hacia arriba hasta que vengan las heces o asiento del vino”⁹.

Si don Quijote en esta ocasión bebe con caña al modo de Lázaro, Sancho saboreará un “manjar” que entusiasmó a uno de sus amos, al escudero: la humilde uña de vaca que una tripera dio al muchacho. Para verlo tenemos que ir a la *Segunda parte* del *Quijote*, y adentrarnos en ella hasta el capítulo LIX. Don Quijote y Sancho llegan a una venta –que no castillo ya–. Al llegar la hora de cenar, Sancho pregunta al ventero qué tiene para darles de comer, y éste le contesta “que su boca sería medida”, expresión que ya había dicho a Teresa, su mujer, la duquesa en la carta que le escribió: “y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear, que su boca será medida”, 2ª, L, p. 1038. Lo mismo había dicho Lázaro tras contar cómo había empezado a mejorar en su trabajo como aguador, explotado por el capellán: “Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida”, p. 48. Es obvio que la expresión era mostrenca y que no habría por qué relacionar los dos textos si no fuera por el tipo de banquete que le va a preparar el ventero a Sancho. Después de comprobar éste que nada tiene de lo que promete (“de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta”), el ventero le confiesa: “Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la

⁹ G. Alonso de Herrera, *Obra de agricultura*, ed. de J. U. Martínez Carreras, Madrid, Atlas, 1970, p. 91. Para otras huellas del libro en las obras de Alfonso de Valdés, véase R. Navarro Durán, “*Lazarillo de Tormes*” y *las lecturas de Alfonso de Valdés*, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, 2003, pp. 113-121.

hora de ahora están diciendo: “¡Comeme! ¡Comeme!”. Mientras don Quijote cena con los dos lectores de la falsa segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, Sancho y el ventero darán buena cuenta de la olla podrida; y el escudero se reservará para él las sabrosas uñas: “Por más las marco desde aquí [...] y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas”, 2ª, LIX, p. 1110.

Para mejor apreciar el guiño literario, vamos a otra olla, la que comen los falsos don Quijote y Sancho en el capítulo IV del *Quijote* de Avellaneda. Así la describe el Sancho espurio animando a su señor a que deje su ademán bélico y participe del festín: “Baje, Baje, que todos son amigos y hemos echado pelillos a la mar, y nos están aguardando con una muy gentil olla de vaca, tocino, carnero, nabos y berzas, que está diciendo: “¡Comeme! ¡Comeme!”¹⁰. Cervantes que exhibe el préstamo porque luego va a hablar de la obra, sutilmente cambia los ingredientes y añade esas dos uñas de vaca, tomadas de la buena literatura: del *Lazarillo de Tormes*. El pedazo de uña de vaca que le da a Lázaro la tripera le parece al escudero “el mejor bocado del mundo”; y en eso Sancho concuerda plenamente con él, porque donde hay hambre, no hay pan duro, y las humildes uñas de vaca pueden saber mejor incluso que un faisán, como afirma el hambriento escudero.

2. EL VÓMITO DE SANCHO

Si he hablado de comer, voy a hacerlo ahora de devolver lo comido. Para ello retrocedo y vuelvo al comienzo de las andanzas de don Quijote y Sancho: a la batalla de los carneros. La entrada en liza del hidalgo le supondrá recibir una “peladilla de arroyo” lanzada con acierto contra sus costillas por las hondas de los pastores. Al sentir el dolor, recurrirá a su alcuza con bálsamo milagroso y empezará a bebérselo. En ese gesto lo alcanzará “otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca y machucándole malamente dos dedos de la mano”, 1ª, XVIII, p. 194. El pobre caballero acaba derribado del caballo, aunque no pierde el sentido. Sancho acude en seguida a socorrerle recordándole la advertencia que le había hecho de que no eran ejércitos como él creía, sino rebaños de ovejas y carneros. Habrá sido todo obra del maligno encantador, según explica don Quijote a su escudero, y le pide que le mire cuántas muelas y dientes le faltan porque tiene la impresión de que no le queda ninguno. “Llegose Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero”, p. 195. Sancho cree que vomita sangre por la boca y que su señor está herido de muerte, hasta que en el color, sabor y olor reconoce al bálsamo que él ya había probado en la venta de Palomeque, “y fue tanto el asco que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas”, p. 196.

¹⁰ A. Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de L. Gomez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 269. Martín de Riquer ya señaló en su edición –Barcelona, Planeta, 1962– la referencia cervantina a Avellaneda, y E. Riley la analizó: “Uñas de vaca o manos de ternera: Cervantes and Avellaneda”, *Studia in honorem Prof. Martín de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1988, I, pp. 425-432.

El pasaje es otra vez un guiño al *Lazarillo*, porque une la mirada al interior de la boca al vómito. Todos podemos recordar la escena en que el astuto ciego mete la nariz dentro de la boca de Lázaro en busca de la longaniza. La nariz del ciego son sus ojos; y para mejor oler en busca del supuesto hurto, como cuenta Lázaro, “abríame la boca más de su derecho y desatentadamente metía la nariz, la cual él tenía luenga y afilada, y a aquella sazón, con el enojo, se había aumentado un palmo; con el pico de la cual me llegó al galillo”. Esto –y él dice que el miedo– le provoca el vómito de la longaniza: “De manera que, antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza a un tiempo salieron de mi boca”, p. 14. Don Quijote ocupa en la escena el lugar de Lázaro, y Sancho el del ciego. No hay hurto que encontrar, sino pérdida de muelas que ver; pero el resultado es el mismo aunque no sea la nariz tocando el galillo, sino el maldito bálsamo el que provoque el vómito. A su vez el pasaje del texto del *Lazarillo* ofrece un doble guiño literario, porque dos son los textos que inspiran a Alfonso de Valdés la escena.

Una de las fábulas –o ejemplos– que recoge el arcipreste de Hita en el *Libro de buen amor* es la del lobo y la grulla. Al comer el lobo una cabra, se le atraviesa en la garganta un hueso; ahogándose, promete “tesoros e riqueza” a quien se lo saque; y una grulla “sacole con el pico el hueso con sotileza”; pero cuando pide el premio prometido, le contesta el lobo: “¡Cómo! ¿Yo non te pudiera tajar / el cuello *con mis dientes si quisiera apertar?*”¹¹. El pasaje en el *Ysopet con sus fábulas hystoriadas* se formula muy de otra forma: “¿Non sabes que tenías tu cabeça dentro en la mi boca de manera que te pudiera degollar si quisiera?”¹².

Si ahora superponemos la escena del ciego oliendo la boca abierta de Lázaro en busca de la longaniza perdida y leemos la reflexión del muchacho sobre la oportunidad que dejó escapar, vemos el guiño literario: “fue no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la meitad del camino estaba andado; que, *con solo apertar los dientes*, se me quedaran en casa”, págs. 14-15. La imagen del pico de la grulla se transparenta detrás de la larga y afilada nariz del ciego, que tiene también “pico”; luego se transformará esta en “trompa”, prosiguiendo con la animalización del personaje.

El vómito que pone de manifiesto el robo de la longaniza, lo toma, en cambio, Alfonso de Valdés del vómito delator de la *Vida de Esopo*, como ya indicó Rodríguez Adrados¹³. Pero ese motivo literario no lo recoge Cervantes. La buena literatura es una estofa preciosa hecha a lo largo de los siglos por muchísimos tejedores, y todos ellos cogen hilos de los otros. Advertirlo aumenta el gozo de la lectura porque se ve mucho más nítidamente el dibujo del bordado y su riqueza.

3. EL ROSARIO DE DON QUIJOTE

Cuando don Quijote se queda solo en Sierra Morena en su penitencia a modo de Amadís de Gaula en la Peña Pobre, se pone a pensar en qué puede imitarle, en cómo actuar para

¹¹ J. Ruiz, arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, ed. de Alberto Blecua, Madrid, Cátedra, 1992, pp. 68 y 70.

¹² La ilustración de la pág. 69 de la edición citada de Alberto Blecua permite leer el pasaje.

¹³ F. Rodríguez Adrados, “La *Vida de Esopo* y la *Vida de Lazarillo de Tormes*”, *RFE*, LVIII (1976), pp. 35-45. Véase también R. Navarro Durán, “*Lazarillo de Tormes*” y *las lecturas de Alfonso de Valdés*, cit., pp. 99-100.

hacerlo. En su soliloquio se dice a sí mismo: “Ea, pues, manos a la obra: venid a mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fue rezar y encomendarse a Dios; pero ¿qué haré de rosario, que no le tengo?”, 1^a, XXVI, p. 291. Ya sabemos que el ingenioso hidalgo no se arredra ante dificultad alguna y, si supo hacerse celada con cartones, también sabe resolver ese grave inconveniente que le surge: “En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once ñudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de avemarías”, p. 292. El pasaje es muy significativo; Cervantes lo cambió en la segunda edición, y desde “encomendarse a Dios” hasta el final quedó reducido a “y así lo haré yo”. Y sirvióronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez”¹⁴. Y puede unirse esta falta de rosario al hecho tan notable de que don Quijote y Sancho, a diferencia de Amadís o de Tirante, nunca van a misa.

Si he evocado el pasaje es para contraponerlo a otro que lleva de nuevo al *Lazarillo*. Hay que ir a la *Segunda parte*, al capítulo XLVI, al palacio de los duques. Es también un tiempo de soledad para el hidalgo manchego porque su fiel escudero está gobernando en la ínsula Barataria, y además juzgando muy bien. Amanece y se viste. Tiene que calzarse sus botas de camino porque por la noche, al descalzarse, “se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditasen la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía”, XLIV, p. 984. Esa desgraciada situación –los puntos que se sueltan en la media verde del hidalgo– lleva a Benengeli a una serie de exclamaciones sobre la pobreza y el mayor sufrimiento con ella de los hidalgos por las exigencias de vestir que conlleva su honra. Y seguirá diciendo el historiador: “¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos!”, XLIV, p. 985. La figura del escudero del *Lazarillo* se funde con la de esos hidalgos pobres, porque dice de él Lázaro: “Y por lo que toca a su negra que dicen honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los que nada entre sí tenían”, p. 36; y también reflexionará sobre la vanagloria de los escuderos muertos de hambre.

Don Quijote, pues, se calza las botas para esconder la celosía de la media, y acaba de vestirse: “arrojose encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahelí de sus hombros con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que consigo contino traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole”, XLVI, p. 999. Si entonces hubiera querido repetir su penitencia, no le habría surgido el problema del rosario porque ahora llevaba siempre “un gran rosario”. Y lo lleva como el escudero del *Lazarillo*, y hace los gestos que él. Veamos su figura –en blanco y negro porque no precisa el color de las prendas que lleva– tal como la describe Lázaro después de que su amo le enseñara la espada y encareciera su calidad: “Tornola a meter y ciñóse la, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte. Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la mano

¹⁴ Tomo el dato de la nota al texto de la edición que cito (nota 12, p. 292).

derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo...”, p. 31. Don Quijote en el palacio de los duques no es más que un hidalgo pobre y anda con los mismos gestos fatuos que el amo de Lázaro¹⁵.

En cambio, cuando Teresa Panza recibe la carta de la duquesa, se asombra de la llaneza, de la humildad de tan gran señora, y exclama: “Con estas tales señoras me entierren a mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van a la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen a deshonra el mirar a una labradora”, 2ª, L, p. 1039. Esa *fantasía* de la que habla Teresa es la misma que Lázaro señala en el escudero y la que a veces tiene don Quijote. El pregonero, después de decir la lástima que le da el pobre de su amo y aquellos que como él van “con aquel paso y pompa”, añade: “Solo tenía de él un poco de descontento, que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad”, p. 36.

Esa fantasía del escudero es la de las hidalgas de las que habla Teresa o la del propio hidalgo manchego. Otro gran escritor, Quevedo, ya había aprendido mucho del escudero del *Lazarillo*; don Quijote, poniéndose las botas altas para ocultar la media hecha celosía, imitará el comportamiento de su colegio buscón: no hay más que ver su hora del remedio¹⁶.

4. UN “HÁGOTE SABER”, UN “TE VOTO A DIOS” Y OTRAS EXPRESIONES

A Don Quijote le duele mucho la oreja izquierda por culpa del golpe que le dio el vizcaíno, que le desarmó todo el lado izquierdo, llevándole gran parte de la celada y la mitad de aquella (1ª, IX, 111). Hablando con Sancho, dejará sus asuntos caballerescos para poner de manifiesto sus debilidades tan humanas: “Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque *yo te voto a Dios* que me va doliendo mucho la oreja”. Sancho le dirá que trae una cebolla, un poco de queso y unos mendrugos de pan, pero añade “no son manjares que pertenecen a tan valiente caballero como vuestra merced”. Un hambriento don Quijote le replicará: “¡Qué mal lo entiendes [...]. *Hágotte saber*, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano”, 1ª, X, p. 117. (La cebolla es el único alimento para Lázaro en casa del mezquino clérigo, y el muchacho tendrá que ingeniar para conseguir probar los bodigos encerrados en el arcaz; comerá también queso: el que los vecinos dan al clérigo para la trampa de los ratones).

En este pasaje, don Quijote utiliza dos expresiones del escudero del *Lazarillo*. El solemne “hágotte saber” le sirve a este para anunciarle al mozo que no van a comer: “Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, y cuando así como algo, hágotte saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos”, p. 28. Don Quijote lo usa en parecido contexto porque le anuncia a Sancho cómo los caballeros andantes pueden no comer en un mes. Es un guiño literario espléndido, porque no es verosímil tal doble coincidencia: la expresión ampulosa y el mensaje humildísimo. Y

¹⁵ Se aplica al caballero andante varias veces la expresión “gentil continente” referida a su actitud al andar (1ª parte, caps. 3, 4, 19, 23), y Lázaro lo dice también de su amo el escudero: “Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente”, p. 31.

¹⁶ Véase R. Navarro Durán, “Más datos sobre la fecha de escritura del *Buscón*”, *La Perinola*, 10 (2006), e. p.

menos cuando antes don Quijote ha utilizado la misma forma de juramento cauto que el escudero: “mas, ¡vótote a Dios!, si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete...”, p. 39. Alfonso de Valdés evitó con esa forma atenuada la prohibición del “¡voto a Dios!” por las cortes de Toledo de 1525. Cervantes junta una expresión y otra en el mismo pasaje: su don Quijote tiene, en efecto, mucho de ese hambriento escudero, hidalgo de medio pelo.

Y no son las únicas expresiones comunes a ambas obras que podemos encontrar. El mismo comienzo del relato de Lázaro, “Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes”, p. 5, puede verse en el modo con que Dorotea va a contar su vida como la princesa Micomicona: “Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que a mí me llaman...”, 1ª, XXX, p. 347. Lo que sucede es que no puede seguir porque no recuerda el nombre que le había puesto el cura; éste acudirá en seguida en su ayuda y justificará ingeniosamente el olvido. No deja de verse la ironía cervantina no sólo en el olvido de la dama, sino en la fórmula que ha escogido para comienzo de su relato: parece que, en vez de ser princesa de libro de caballerías, es personaje que puede codearse con Lázaro de Tormes, ya que empieza a contar su vida de la misma forma.

Comparten también las dos obras expresiones de los libros de caballerías, que fueron lecturas de sus autores: el término “facienda” o “tomar por la mano”. El escudero le cuenta su “hacienda” a Lázaro, término que también utiliza el cura –en la forma arcaica con efe– al contarle al barbero la invención que se le ha ocurrido para hacerse pasar por una doncella menesterosa y pedirle a don Quijote que la socorra: “Y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, a desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho; y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda”, 1ª, XXVI, p. 298. El narrador transcribe el lenguaje de los libros de caballería que debería estar utilizando el cura al imitarlos; y será el que también usará don Quijote al responder a Dorotea en su papel de princesa Micomicona: “No os responderé palabra, fermosa señora –respondió don Quijote–, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levantéis de tierra”, 1ª, XXIX, 338.

Lo mismo sucede con “llevar por la mano”, que Alfonso de Valdés utiliza con la ironía que le caracteriza al hacer que Lázaro, al final de su vida con el clérigo, cuando éste le echa, diga: “el señor mi amo me tomó por la mano y sacome la puerta fuera”, p. 26. Don Quijote utiliza la expresión en el contexto adecuado, cuando le está contando a Sancho lo que le sucederá al modo de lo que acaece a los caballeros andantes: el rey, enterado de las hazañas del caballero, al verle, mandará a sus caballeros que reciban a la flor de la caballería y él “le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina”, 1ª, XXI, p. 230. Y habrá más términos comunes, tomados de los libros de caballería: así Lázaro, al hablar de su mujer, dice: “si me quieren meter mal con mi mujer, que es *la cosa del mundo que yo más quiero*”, p. 51; y don Quijote usará parecida expresión al contar a los duques el encantamiento de Dulcinea como actuación de los malvados encantadores: “Y, así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en *las cosas que más quiero*, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo”, 2ª, XXXII, p. 899. Y en el uso común de esas palabras tomadas de los libros de caballerías puede apreciarse más la ironía de Alfonso de Valdés.

Cervantes destila *Lazarillo* en otras obras suyas; así el uso de un refrán que dice Lázaro advierte de la presencia de un motivo literario de esta obra reelaborado en *El coloquio de los perros*. La bruja Cañizares recurre al refrán “que tal hay que se quiebra dos ojos porque su enemigo se quiebre uno”, al que acude Lázaro al contar cómo llevaba por los peores caminos al ciego: “holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía”, p. 12. Y un poco antes, la bruja había contado cómo se había acogido a ser hospitalera: “curo a los pobres, y algunos se mueren que me dan a mí la vida con lo que me mandan o con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos”¹⁷. Y reaparece de nuevo el modelo de Lázaro al contar cómo comía sólo en los mortuorios y cómo rogaba a Dios que se llevara con Él a los enfermos porque “el día que enterrábamos, yo vivía”, p. 19.

Comparten refranes (“Donde una puerta se cierra, otra se abre”, 1ª, XXI, p. 223; y *Lazarillo*, p. 23), expresiones: “os engañáis en la mitad del justo precio” (II, 2, p. 640; y *Lazarillo*, p. 9), “el tesoro de Venecia” (2ª, LXXI, p. 1199; y *Lazarillo*, p. 37). Pero, como es lógico, son de uso común. Cervantes repite la sentencia de Plinio el viejo citada por Plinio el joven: primero la pone en boca del bachiller Sansón Carrasco: “No hay libro tan malo, [...] que no tenga algo bueno”, 2ª, III, p. 654; y después don Juan, uno de los dos lectores de la falsa *Segunda parte de Don Quijote*: “Con todo eso –dijo el don Juan–, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena”, 2ª, LIX, p. 1111. Como es bien sabido, figura al comienzo del prólogo del *Lazarillo*: “Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena”, p. 3. Alfonso de Valdés la leyó a su vez en el prólogo a la *Obra de agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera: “Anímame más aquel dicho de Plinio que decía que no había libro tan malo que en alguna parte no sea provechoso”¹⁸. Y Cervantes la vio además en el prólogo del *Guzmán de Alfarache* “al discreto lector”: “mas, considerando no haber libro tan malo donde no se halle algo bueno...”¹⁹. La cita enlaza y señala las lecturas de los escritores.

No hay duda alguna de que *La vida de Lazarillo de Tormes*, aunque no estuviera en la biblioteca de don Quijote, sí estaba en la de don Miguel de Cervantes, y que, a menos que tuviera la excelente memoria de su héroe, la leyó y relejó. Su presencia al comienzo y al final de la andadura de don Quijote, en el capítulo II de la primera parte, y en el LIX de la segunda, y en otros lugares, aquí y allá, indican el gusto de Miguel de Cervantes por esa espléndida obra. Detrás de la andadura de don Quijote y de Sancho hay muchos libros de caballerías leídos, pero también el relato del pregonero de Toledo, Lázaro de Tormes.

¹⁷ M. de Cervantes, *Novelas ejemplares*, II, pp. 314-315.

¹⁸ G. Alonso de Herrera, *Obra de agricultura*, p. 6.

¹⁹ M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, en *Novela picaresca*, I, p. 62.